

PERSONAJES

DOÑA ISABEL, princesa de Mesina.

DON MANUEL }
DON CÉSAR } sus hijos.

BEATRIZ.

DIEGO.

Mensajeros.

EL CORO, formado por el séquito de los dos hermanos.

Los ancianos de Mesina, personajes que no hablan.



ACTO I

ESCENA PRIMERA

La escena representa un vasto salón con gran columnata. Puertas á derecha é izquierda. Al foro la rica portada de una capilla.

DOÑA ISABEL, de riguroso luto. Los ancianos de Mesina, de pié en torno suyo.

DOÑA ISABEL

LA necesidad, y no mi propio impulso, me acerca á vosotros, venerables ciudadanos de Mesina, y me obliga á dejar mis retirados aposentos para descubrir mi rostro á los ojos de los hombres; pues cuadra á la viuda que perdió la gloria y la luz de su vida, envolverse en sombrías vestiduras y esconderse á las miradas del mundo. Mas la voz imperiosa é inflexible de las circunstancias, me devuelve hoy á la luz, de que me separé.

No ha renovado dos veces la luna su luminoso disco desde que conduje á la mansión del descanso á mi

real esposo, que con firmeza gobernaba esta ciudad, y con mano potente nos defendía contra los enemigos que nos rodean. Ha muerto, pero su espíritu anima aún á una pareja de héroes: sus dos hijos, orgullo del país. Les visteis crecer y desarrollarse entre vosotros; pero con ellos se desarrollaba el germen fatal y misterioso de un odio fraternal que, después de haber aniquilado la regocijada concordia de su infancia, cobró, con el tiempo, terrible carácter. Jamás he podido gozar de su unión. Á entrambos alimentó mi seno, á entrambos prodigué los cuidados que mi amor me dictaba, y sé que desde su infancia me consagran entrambos un cariño igual. Este es el único punto en que están de acuerdo; en lo demás les divide sangrienta discordia.

Mientras duró el reinado temido de su padre, domaba él con severa justicia el ardor bullicioso de sus hijos, doblegaba bajo férreo yugo su espíritu tenaz. No debían acercarse armados uno á otro ni pernoctar bajo el mismo techo. Así impedía la violenta explosión de sus feroces caracteres una orden firme y poderosa; pero dejaba subsistir entero el odio en el fondo del corazón. El fuerte desdeña parar el curso de la pobre fuente, porque puede oponer un dique al torrente.

Mas lo que debía suceder, ha sucedido. Cuando la muerte hubo cerrado sus ojos, y sus hijos se sintieron libres del yugo de su mano poderosa, estalló el odio antiguo como estalla la llama de la hoguera cuando deja de ser comprimida. Vosotros mismos fuisteis aquí testigos de lo que os estoy diciendo. Mesina se dividió; la fratricida lucha rompió los lazos sagrados de la naturaleza y parió la discordia general. Chocó el acero contra el acero, convirtiéndose la ciudad en campo de batalla; y estas mismas salas fueron manchadas de sangre.

Habéis visto destrozarse los lazos del Estado; destrozado está también mi corazón. Pero vosotros habéis

sentido tan sólo el sufrimiento general y poco os han conmovido las penas de una madre. Vinisteis á mí y me habéis dicho esas duras palabras: «Ya ves que la discordia de tus hijos trae la guerra civil á nuestra ciudad, que solamente por la concordia puede oponer resistencia á los vecinos enemigos que la rodean. Tú eres su madre: mira, pues, cómo puedes apaciguar los rencores sanguinarios de tus hijos. ¿Qué nos importa á nosotros, tranquilos ciudadanos, la rivalidad de nuestros señores? ¿Hemos de perecer, porque tus hijos se odian? Bien podemos gobernarnos sin ellos, y someternos á otro príncipe ganoso de nuestro bien y apto para realizarlo.»

Esto dijisteis, hombres endurecidos y sin piedad. Sólo en vosotros y en vuestra ciudad pensasteis, y habéis cargado con el peso de las desgracias públicas este corazón, bastante oprimido ya por el dolor y las angustias maternas. Intenté lo que deseábais, aunque sin grandes esperanzas; con el alma desgarrada me lancé en medio de los dos furiosos y les he conjurado á la paz. Sin temor, sin tregua y sin abatimientos, he llevado á cabo mi propósito, hasta que mis maternas súplicas consiguieron arrancarles la promesa de que vendrían hoy pacíficamente á esta ciudad de Mesina, y al palacio de sus antepasados, y que reprimirían su enemistad, cosa que no ha acaecido desde la muerte de su padre. Hoy llegarán. De un momento á otro estoy esperando al mensajero que anuncie su llegada. Disponeos, pues, á recibir á vuestros príncipes con sumisión, como á súbditos conviene. Atended tan sólo á vuestros deberes, y dejad que cuide yo de lo demás. El odio de mis hijos perdería á este país, y les perdería á ellos mismos. Si se reconcilian, tendrán, unidos, bastante fuerza para mantener sus derechos contra vosotros.

(Los ancianos se alejan en silencio, con la mano puesta

sobre el corazón. Isabel llama por señas á un viejo servidor que permanece en la escena.)

ESCENA II

ISABEL, DIEGO

ISABEL.—¡Diego!

DIEGO.—¿Qué ordena mi soberana?

ISABEL.—Acércate, fiel servidor, corazón leal; tu has compartido mis inquietudes y mi dolor; comparte ahora mi dicha. Á tu alma fiel confíe mi tierno y triste secreto; ha llegado el momento en que debe parecer á la luz del día. Harto he reprimido el impulso poderoso de la naturaleza, gobernada por agena voluntad. Ahora puede su voz alzarse libremente; hoy será saciado mi corazón, puesto que esta casa, por tanto tiempo desierta, va á reunir cuanto me es caro.

Dirige, pues, tus pasos entorpecidos por la edad, al claustro que conoces y que me guarda un precioso tesoro. Tú, alma fiel, lo escondiste en aquel sitio hasta mejores días; tú me hiciste este servicio en mi tristeza. ¡Venga á mí ahora esa prenda querida, á mí que voy á ser feliz! (*Suenan trompetas á lo lejos.*) ¡Vé, vé! rejuvenezca el gozo tu debilitado paso! Oigo la trompetería que me anuncia la llegada de mis hijos. (*Vase Diego. Suena de nuevo la música en ambos lados y parece acercarse.*) Todo Mesina está alborotado; avanza hacia aquí rumor de voces confusas como un torrente. Ellos son. ¡Ah! ¡Con qué viveza siento palpitar mi corazón de madre! con sólo acercarse ellos le dan fuerza y movimiento. Ellos son. ¡Ah, hijos míos! hijos míos! (*Vase.*)

ESCENA III

Salen EL CORO

Compónese de dos medios coros que entran al mismo tiempo en escena por los dos lados opuestos, uno por el fondo y otro por el proscenio; dan la vuelta á la sala y se alinean luego cada uno en distinto lado. Uno de los coros lo forman caballeros ancianos, y jóvenes el otro; distingúense por sus colores y divisas. Al detenerse, cesa la música, y empiezan á dialogar los corifeos.

1.^{er} CORO - CAYETANO.—Con respeto te saludo, sala espléndida, cuna real de mi amo, bóveda magnífica sostenida por soberbia columnata. ¡Repose el acero en la vaina! Sea encadenada ante esta puerta la furia de la guerra con su cabeza cargada de serpientes! porque el umbral sagrado de esta mansión hospitalaria está guardado por el juramento, por el más tremendo dios del infierno.

2.^o CORO - BOHEMUNDO.—Mi corazón irritado se rebela dentro de mi pecho; mi mano se apercibe al combate, porque estoy viendo la cabeza de Medusa, el odioso rostro de mi enemigo. Apenas puedo reprimir la ardiente agitación de mi sangre. ¿Sostendré el honor de mi palabra, ó me abandonaré á mi ira? ¡Mas, ay! que tiemblo ante la guardadora de estos lugares, ante la paz de Dios.

1.^{er} CORO - CAYETANO.—Cuadra á los ancianos más decoroso continente. Á mí, más sereno y tranquilo, me corresponde saludar el primero. (*Al segundo coro.*) Sé bienvenido, tú que compartes mis sentimientos fraternales, tú que temes y honras á los dioses protectores de este alcázar. Ya que los príncipes se hablan con dulzura, queremos nosotros cambiar en calma palabras de paz; porque también la palabra es buena y

saludable. Cuando te encuentre en campo raso, podrá renovarse el combate sangriento, y probaremos nuestro valor espada en mano.

EL CORO ENTERO.—Cuando te encuentre en campo raso, podrá renovarse el combate sangriento y probaremos nuestro valor espada en mano.

1.^{er} CORO - BERENGUER.—No te aborrezco ciertamente. No, no eres tú mi enemigo. La misma ciudad nos dió el sér, y en cambio ellos son de extranjera raza. Mas cuando combaten los príncipes, los servidores han de dar la muerte ó recibirla. Esto es lo justo.

2.^o CORO - BOHEMUNDO.—Ellos sabrán por qué se aborrecen y entablan el sangriento combate. Á mí no me atañe. En cuanto á nosotros, combatimos por sus desavenencias. No es valiente, ni hombre de honor, quien permite que se desprecie á su caudillo.

(Todo el coro repite los tres últimos versos.)

UN HOMBRE DEL CORO - BERENGUER.—Oíd lo que para mí estaba pensando, cuando atravesaba las mieses ondulantes, tranquilamente embebecido en mis reflexiones. En el furor del combate nada previmos, nada examinamos, arrebatados del ardor de la sangre. ¿No son acaso nuestras aquellas mieses? ¿No son hijos de nuestro sol los olmos que la vid enlaza? ¿No podríamos pasar días sin cuidados en medio de goces suaves, y alegrar nuestra vida? ¿Por qué desnudamos con ira la espada por una raza extranjera, que ningún derecho tiene sobre este suelo, llegada ayer, en sus naves, de las purpurinas playas de Occidente? Nuestros padres, muchos años há, la recibieron hospitalarios, y ahora nos vemos sometidos como esclavos á ella.

OTRO HOMBRE DEL CORO - MANFREDO.—Es cierto. Habitamos una tierra feliz, sobre la cual derrama el sol rayos bienhechores. Bien podríamos gozar de ella alborozados; mas por desdicha, no cabe encerrarla ni guar-

darla entre los muros. Las olas del mar que la ciñe, la entregan á los corsarios atrevidos que cruzan osadamente por nuestras costas, y nuestras riquezas sólo nos sirven para atraer la espada del extranjero. Así somos esclavos en nuestra propia casa. No puede esta tierra proteger á sus propios hijos; los dominadores del mundo no nacen en las regiones favorecidas por Ceres y por Pan, divinidad pacífica y tutelar, sino en los sitios donde el hierro crece en el seno de las montañas.

1.^{er} CORO - CAYETANO.—Los bienes de la vida están desigualmente repartidos entre la raza pasajera de los hombres. Pero la naturaleza es eternamente justa; si á nosotros nos concede fértil suelo siempre pródigo, da á otros voluntad poderosa é irresistible fuerza. Con su temible energía realizan sus deseos; y llenan la tierra de formidable estruendo. Pero tras la altura á que se han elevado está la caída profunda, y espantable. Así, me felicito de permanecer en mi humilde condición, oculto y refugiado en mi propia debilidad. Los impetuosos torrentes que acrecen los apretados granos del pedrisco y las cataratas de las nubes, avanzan mugiendo, y arrollan con su oleaje puentes y diques, con el retumbar del trueno. Nada puede detener su marcha omnipotente; mas duran un instante, y sorbe la arena las espantosas huellas de su paso de destrucción. Los conquistadores extranjeros vienen y se van; nosotros obedecemos, pero nos quedamos.

(Ábrense las puertas del fondo. Aparece doña Isabel entre sus hijos don Manuel y don César.)

LOS DOS COROS - CAYETANO.—Gloria y honor al sol esplendente que viene hacia nosotros! Con respeto me inclino ante tu rostro augusto.

1.^{er} CORO - BERENGUER.—Como es grata la suave claridad de la luna entre el fulgor de las estrellas, así la tierna majestad de la madre resplandece jun-

to á la fuerza y ardor de sus hijos. ¡Qué imagen semejante habrá sobre la tierra? En el supremo lugar donde se asienta, ofrece un cuadro acabado. La madre y sus hijos forman la corona de un mundo perfecto. La Iglesia misma, la divina Iglesia, nada halló superior para sentar sobre el trono celeste, y el arte, el hijo de los dioses, no ofrece imagen más sublime que la madre y el hijo.

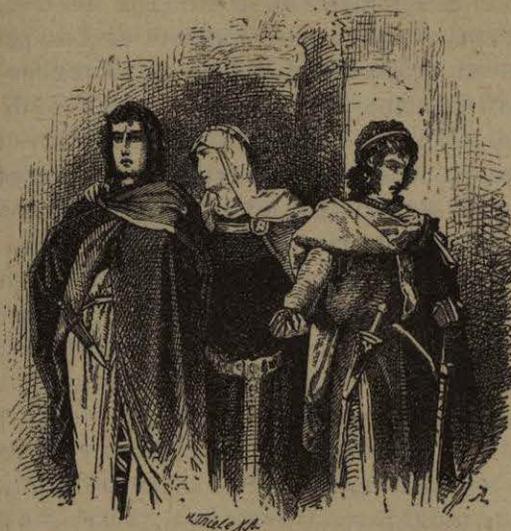
2.º CORO - BOHEMUNDO.— Con gozo vi brotar de su seno árbol florido, cuyos vástagos se renovarán eternamente. Concibió una raza que aventajará al sol en su carrera y dará nombre al tiempo fugitivo.

ROGERIO.— Los pueblos se dispersan, los nombres se extinguen, tiende el olvido sus negras alas sobre las razas; mas por encima de todas descuella centelleando la frente de los príncipes, y la aurora se refleja en ella como en la enhiesta cumbre del mundo.

ESCENA IV

ISABEL (*avanzando con sus dos hijos*).— ¡Descienda á nosotros tu mirada, sublime reina de los cielos! y con blanda mano reprime los latidos de mi corazón, que á una madre puede matarla el júbilo cuando se mira en el esplendor de sus hijos. Por vez primera desde que nacieron, comprendo toda la extensión de mi felicidad. Hasta hoy me vi forzada á dividir mi ternura; obligada á olvidar un hijo, cuando me gozaba en la presencia del otro. ¡Oh! mi amor de madre era indivisible, pero mis hijos estaban siempre separados. Decidme ahora; ¿puedo abandonarme sin temor á mi suave embriaguez? (*A don Manuel.*) Al apretar cariñosamente la mano de tu hermano, ¿hundo un puñal en tu pecho? (*A don César.*) Cuando su mirada llena de júbilo mi corazón, ¿te robo algo? ¡Oh! me estremezcó

de que el mismo amor que os manifiesto sea nuevo acicate de vuestro odio. (*Interroga á los dos con la mirada.*) ¿Qué puedo esperar de vosotros? Hablad. ¿Cuál es vuestro ánimo? ¿Venís, por ventura, con el mismo odio irreconciliable que traíais á la casa de vuestro



padre? ¿La guerra, encadenada un instante, acecha acaso á la puerta del palacio piafando bajo el freno de bronce? Al dejarme, ¿se desencadenará con nueva rabia?

EL CORO - BOHEMUNDO.— ¡La guerra ó la paz! Ocultos permanecen todavía en el seno del porvenir los fallos del destino. Mas, antes de separarnos, la paz ó la guerra será decidida; prontos y armados estamos para ambas.

ISABEL (*paseando sus miradas por el grupo*).— ¡Qué aspecto guerrero y espantoso! ¿Qué quieren estos hombres? ¿Apréstase una batalla en estas salas? ¿Por qué esa extranjera multitud, cuando una madre vie-

ne á abrir sus brazos á sus hijos ? ¿ Acaso hasta en las entrañas de una madre teméis encontrar la falacia y la traición, pues tantas precauciones tomáis ? ¡ Oh ! los siniestros bandos que os siguen, solícitos servidores de vuestra ira, no son vuestros amigos, ni sanas sus intenciones, ni saludables sus consejos. ¿ Cómo podrán ellos estar sinceramente de acuerdo con vosotros, hijos de una raza extraña que se implantó en este país, les arrebató su propia herencia, y asentó sobre ellos su soberanía ? Creedme; á todos place vivir según sus leyes propias, y con pena soportan la dominación extranjera. Por la fuerza, por el temor los mantenéis en obediencia, seguramente negada en otras condiciones. Aprended á conocer á esta raza hipócrita y sin corazón. Por el gozo del mal se vengan de vuestra prosperidad y de vuestra grandeza. La caída de los señores, la ruina de los príncipes, es el tema de los cantos y consejas que se transmiten de padres á hijos, y repiten á coro para abreviar las noches de invierno. ¡ Ay, hijos míos ! llenan el mundo el odio y la falsía y el egoísmo. Todos los lazos tejidos por la dicha transitoria, son inciertos, inestimables y sin fuerza. El capricho rompe lo que el capricho anudó. Sólo la naturaleza es sincera; sólo ella permanece fija, sujeta á un áncora eterna, mientras vacila el resto barrido por las tempestuosas olas de la vida. La simpatía os da un amigo; el interés, un compañero; mil veces dichoso aquel á quien el nacimiento da un hermano ! No puede tanto la fortuna. Es el hermano amigo creado juntamente con el hermano; quien le posee, posee un otro yo con que resistir las guerras y perfidias del mundo.

EL CORO - CAYETANO.—Sí, espectáculo grande y respetable es ver á una reina abarcar en una mirada con su regio pensamiento la conducta y las acciones de los hombres. Mas á nosotros nos mueve confuso impulso, ciegos é irreflexivos á través de la vida tempestuosa.

ISABEL (á don César).—Tú, que desnudaste la espada contra tu hermano, mira en torno tuyo entre esta multitud; ¿ dónde ves imagen más noble que la de tu hermano ? (A don Manuel.) ¿ Quién, entre esos á quienes llamas tus amigos, osará ni un instante compararse con él ? Cada uno de vosotros es dechado de su edad, sin que os parezcáis, ni os aventajéis en nada. Atrevedos á miraros de hito en hito. ¡ Á qué extravío llevan los celos y la envidia ! Entre mil le habrías elegido por amigo, y le hubieras oprimido contra tu corazón como un sér único en el mundo; y ahora que la naturaleza sagrada te lo concedió en la misma cuna, eres culpable con tu propia sangre, pisoteas con orgulloso arrebató el dón de la naturaleza para lanzarte á los brazos de los malvados, y ligarte con enemigos y extranjeros.

D. MANUEL.—Oye, madre.

D. CÉSAR.—Madre, oye.

ISABEL.—No con palabras puede darse fin á ese triste combate. Aquí no debe distinguirse lo mío de lo tuyo, ni la ofensa de la venganza. ¿ Quién encauzará de nuevo este río de azufre que desparramó el incendio ? Todo ha sido originado por un fuego terrible y subterráneo; cubre una capa de lava lo que no ardió, pero ¡ ah ! donde quiera que se sienta el pié se halla la destrucción. Sólo pretendo depositar un pensamiento en vuestro ánimo. El daño que un hombre sesudo hace á otro hombre, difícilmente puede perdonarse; así quiero creerlo. El hombre guarda cuidadosamente su odio y no muda con el tiempo la resolución que seriamente tomó. Mas el origen de vuestra cólera se remonta á la época precoz de la infancia inconsciente, y la sola idea de aquella época debería desarmaros. Buscad la causa de vuestros rencores, ¡ la ignoráis ! y aunque la encontraseis, vergüenza os daría ese odio pueril. ¡ Ay ! y aquella discordia de niños es la que produjo,

por desdichado encadenamiento, las calamidades de los últimos tiempos; pues todo lo funesto que hasta ahora ha sucedido es fruto del recelo y de la venganza. ¿Queréis continuar esa querrela de niños, hoy que sois hombres? (*Les toma la mano.*) ¡Oh, hijos míos! venid, resolvéis á anular toda explicación, porque ambos sois culpables. Sed nobles, y perdonaos con dignidad grandes é insoportables ofensas. Lo más sublime en la victoria es el perdón. Encerrad en la tumba de vuestros padres el odio antiguo que surgió en los días de vuestra infancia y comenzad una vida nueva consagrada al amor, á la reconciliación, á la concordia.

(*Da un paso atrás, como dejándoles sitio para que se acerquen uno á otro. Los dos bajan los ojos sin mirarse.*)

EL CORO - CAYETANO.—Atended las exhortaciones de vuestra madre, porque, en verdad, solemnes son sus palabras. Poned término á vuestros combates, ó continuadlos, si así lo queréis. Lo que os plazca, será justo para mí. Vos sois el señor y yo soy el vasallo.

ISABEL (*después de haber esperado inútilmente una manifestación de los dos hermanos, continúa, comprimiendo su dolor*).—Ya no sé más. Agoté las armas de la persuasión y el poder de las súplicas. Quien con la fuerza os domaba, yace en el sepulcro, y vuestra madre es impotente entre vosotros. Acabad! en vuestro poder está el hacerlo. Obedeced al demonio que en su furor os empuja ciegamente; profanad el santo altar de los dioses lares; convertid esta misma sala donde nacisteis, en teatro de vuestros homicidios. ¡Sí.... Asesinaos en presencia de vuestra madre, no por brazo ajeno, sino por vuestra propia mano, y, como los hermanos de Tebas, precipitao el uno contra el otro, enlazao los dos, y luchad con rabia en ese abrazo de bronce. Esfuércese cada uno en trocar su

vida por la del contrario, y hunda su puñal en el pecho del hermano. No, no apacigüe la misma muerte vuestra discordia; la columna de fuego que se alzará sobre vuestra hoguera, divídase en dos mitades como terrible signo de vuestra vida y de vuestra muerte. (*Vase. — Los dos hermanos permanecen alejados uno de otro.*)

ESCENA V

LOS DOS HERMANOS, LOS DOS COROS

EL CORO - CAYETANO.—¡Vanas palabras! pero tales que hicieron bambolear mi valor en mi pecho varonil. No derramé la sangre de mi hermano; levanto al cielo las manos puras. Sois hermanos; pensad en el fin de esta discordia.

D. CÉSAR (*sin mirar á D. Manuel*).—Tú eres el mayor, habla; yo cederé sin desdoro ante el primogénito.

D. MANUEL (*en la misma actitud*).—Pronuncia una palabra generosa, y seguiré con placer el noble ejemplo que me habrá dado mi hermano menor.

D. CÉSAR.—No quiere esto decir que me reconozca culpable ó que me sienta más débil..

D. MANUEL.—Quien conozca á don César no le acusará jamás de cobardía. Si se sintiese él más débil, serían aún más altaneras sus palabras.

D. CÉSAR.—¿No tienes en peor opinión á tu hermano?

D. MANUEL.—Eres demasiado orgulloso para humillarte y yo para mentir.

D. CÉSAR.—Mi altivo corazón no tolera el desprecio. En el paroxismo del combate pensabas que tu hermano era un hombre de honor.

D. MANUEL.—No quieres tú mi muerte, y de ello tengo una prueba: un fraile se te ofreció para asesi-

narme traidoramente y tú le respondiste castigándole por su infamia.

D. CÉSAR (*acercándosele un poco*).—Si antes hubiese conocido tu justicia, muchas desgracias se hubieran evitado.

D. MANUEL.—Si antes hubiese sabido que tu corazón podía calmarse tan fácilmente, muchas angustias habría yo ahorrado á mi madre.

D. CÉSAR.—Te me pintaban como un hombre orgulloso.

D. MANUEL.—La desdicha de los grandes consiste en que sus inferiores se apoderan de su confianza.

D. CÉSAR (*vivamente*).—Dices bien; toda la culpa es de nuestros servidores.

D. MANUEL.—Ellos nos alejaban uno de otro, infundiéndonos amargo rencor.

D. CÉSAR.—Ellos llevaron, de un lado á otro, envenenadas frases.

D. MANUEL.—Emponzoñaron nuestros menores actos con falsas interpretaciones.

D. CÉSAR.—Enconaron la llaga que debían curar.

D. MANUEL.—Alimentaban la llama que debían extinguir.

D. CÉSAR.—Estábamos extraviados y engañados.

D. MANUEL.—¡Ciegos instrumentos de las pasiones ajenas!

D. CÉSAR.—Esta es la verdad; todo lo demás es traición...

D. MANUEL.—Y falsedad; mi madre lo dice, puedes creerlo.

D. CÉSAR.—Pues bien; quiero estrechar esa mano fraternal. (*Le tiende la mano.*)

D. MANUEL (*la coge vivamente*).—La tuya es la que más quiero en el mundo.

(*Ambos permanecen cogidos por las manos, mirándose en silencio.*)

D. CÉSAR.—Sorprendido te miro y encuentro en ti las facciones queridas de mi madre.

D. MANUEL.—Y yo descubro en ti una semejanza que me da extraña emoción.

D. CÉSAR.—¿Eres realmente tú, el hombre que tan suavemente me acoge, y que tan blandas palabras tiene para su joven hermano?

D. MANUEL.—¿Ese mancebo tan tierno, tan bueno, es realmente el hermano malvado y aborrecido?

(*Nuevo silencio. Ambos se contemplan.*)

D. CÉSAR.—¿No pretendías la posesión de los caballos árabes, herencia de nuestro padre? Yo no quise concederlos á los caballeros que me mandaste.

D. MANUEL.—¿Tienes interés en quedártelos? Ya no pienso en ello.

D. CÉSAR.—No. Tómalos. Toma también la carroza de nuestro padre. Tómalos, te lo suplico.

D. MANUEL.—Consiento, si quieres aceptar el castillo á la orilla del mar, por el que tan rudamente hemos peleado.

D. CÉSAR.—No lo quiero; pero estaré satisfecho habitándolo fraternalmente contigo.

D. MANUEL.—Sea. ¿Por qué dividir la hacienda, cuando los corazones están unidos?

D. CÉSAR.—¿Por qué vivir separados largo tiempo, cuando con nuestra unión seremos ambos más ricos?

D. MANUEL.—Ya no estamos separados. Unidos estamos. (*Se echa en sus brazos.*)

